

CAPITULO LXIX.

Cortes en Barcelona. — Preparativos para la expedición a las Baleares. — Dáse á la vela la armada desde el puerto de Salou. — Primeros hechos de armas. — Toma de la ciudad de Mallorca. — Regreso del rey D. Jaime.

GRAVES perjuicios estaba causando al comercio catalán la permanencia de los infieles en las Baleares, pues muchas veces sus buques apresaban las naves catalanas, cometiendo otra porción de piraterías en sus costas.

En ocasión que el rey se hallaba en Tarragona con varios caballeros catalanes, invitóles á comer Pedro Martel, inteligente y valeroso marino, el cual con la descripción que de aquellas islas les hizo, enardeció de tal modo el ánimo del Monarca y de sus caballeros, que ardían en deseos de conquistar un país que tan brillantemente se les acababa de describir.

Por entonces ocurrió que habiendo apresado los moros mallorquines dos naves catalanas envióse un mensajero pidiendo la devolución de ellas, mas tan insultante fue la respuesta del príncipe musulmán, que al conocerla el aragonés y sus ricos hombres, decidieron por tomar pronta y enérgica satisfacción de tamaño ultraje.

Para esto convocó las Cortes generales en Barcelona, reuniéndose los prelados, barones, caballeros y procuradores de las ciudades y villas de Cataluña en el antiguo palacio y ante esta asamblea expuso el Monarca su decisión.

Acogidas fueron sus palabras con gran entusiasmo, y Aspargo el anciano arzobispo de Tarragona exclamó: *Ecce filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.*

Tras de las frases de entusiasmo vinieron las ofertas, y el prelado de Tarragona prometió contribuir con mil marcos de oro, doscientos caballeros bien armados y mil ballesteros á sus espensas sostenidos, hasta que terminase la campaña, deseando asistir con su persona á la santa empresa; mas el Monarca no consintió esto último, en atención á su avanzada edad.

Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, ofreció su asistencia personal y cien ginetes, y mil infantes sostenidos por él, y de igual manera los prelados de Gerona y Tarazona, los priores, canónigos y superiores de las Ordenes religiosas, y los caballeros, ofrecieron cada uno acudir con sus haberes y con sus gentes de armas á la guerra.

El rey comprometióse á asistir con doscientos caballeros de Aragón, quinientos donceles escogidos, la gente de á pié que fuese necesaria y todas las máquinas é ingenios de guerra.

Decretóse de nuevo el subsidio del *bovatge* y la ciudad de Barcelona comprometióse á aprontar las naves necesarias para el transporte de la hueste.

Allí mismo quedó acordada la forma en que había de hacerse el reparto de los despojos que se recogieran, en proporción á las gentes con que cada uno hubiese concurrido, siendo nombrados jueces para la partición, el Obispo de Barcelona y los condes del Rosellon, de Ampurias, de Bearne, de Cardona y de Cervera.

La expedición se aplazó para el agosto siguiente, y de regreso D. Jaime á Aragón, encontróse con el rey de Valencia Ceid-Abu-Zey, que despojado de sus dominios por Giomail-ben-Zeyan acudia en demanda de su auxilio, ofreciéndole la cuarta parte de las villas y castillos que recobrara.

De gran energía tuvo que vestirse D. Jaime para contrarrestar el deseo de sus caballeros, que querían se empleasen los preparativos que estaban haciéndose para la conquista de Mallorca, en esta nueva empresa. Pero firme el Rey en su propósito, dijo que había jurado marchar á aquella isla y que lo cumpliría.

El Cardenal de Santa Sabina, legado pontificio que á la sazón se encontraba allí, no pudo menos de confesar que semejante decisión solo Dios podía habérsela inspirado, y que deseaba que él la condujera á feliz término.

Antes de que mediase el mes de agosto de 1229 ya se encontraban reunidos en Tarragona la mayoría de los que habían de componer la expedición, y en el puerto de Salou estaban ancladas las naves que habían de transportar á los valientes defensores de la Cruz.

Embarcados todos, el miércoles 6 de setiembre dióse á la vela la flota, que ascendía á ciento cincuenta y cinco embarcaciones, en las que iban quince mil hombres de á pié y mil quinientos caballos.

Poco mas de veinte millas habrían caminado, cuando desencadenóse tan furiosa tempestad, que los pilotos desesperaban de la salvación, aconsejando al Monarca que diese orden para regresar al puerto de Tarragona.

Mas D. Jaime, con entereza y resolución contestó que el viaje lo había emprendido confiando en Dios, y que este cuidaría de guiarles, con cuya respuesta prosiguióse la marcha hasta que al día siguiente descubrieron la isla de Mallorca.

Hubiera querido arribar al puerto de Pollenza, mas tuvieron que resignarse con tocar en el islote de Pantaleu á causa del viento que tan contrario les era.

Reposando estaba el ejército de las fatigas del viaje, cuando á nado aportó un moro al campo cristiano, y llegándose al Monarca le dijo que el rey infiel tenía á su servicio cuarenta y dos mil soldados, de los que cinco mil eran de caballería, y que esperaban con semejante hueste impedirle el desembarque, y que en su consecuencia procurase hacerlo por otra parte.

Agradeció el Monarca semejante aviso, cuya razón no han sa-

bido explicarnos las crónicas, pues en un musulmán era extraño semejante deseo de servir á los cristianos, y aprovechándose de la oscuridad de la noche levaron anclas doce galeras que llegaron á la siguiente mañana á Santa Ponza, donde desembarcaron la gente que llevaban.

Poco despues, toda la hueste se hallaba reunida y dieron comienzo los combates. El Monarca inmediatamente corrió á unirse con sus valientes caballeros que ya habían comenzado á pelear, porque estaba ansioso de medir sus armas con las de aquellos infieles.

A corta distancia de Porto Pi le esperaba el emir musulmán con el grueso de su ejército.

Los cristianos, que ardían en deseos de comenzar la lucha, no obedeciendo sino al impulso de sus corazones que les impulsaba á pelear, se adelantaron desordenadamente hácia el enemigo en número de unos cinco mil, los cuales inmediatamente fueron acometidos y envueltos por una numerosa morisma que empezaba ya á vencer á los cristianos, y no hubiera sido difícil que hubiese acabado con ellos, si el rey que lo presenciaba, no se hubiese adelantado á incorporarse con D. Nuño.

Montado en un caballo blanco y cerca de D. Nuño se veía al príncipe sarraceno, que en la punta de su bandera tenía clavada una cabeza humana.

Tan luego como D. Jaime vió al príncipe sarraceno quiso encarsarse con él, pero fue detenido por algunos caballeros que á su lado estaban.

Los cristianos, cediendo al número de sus contrarios, comenzaban ya á retirarse, cuando algunos caudillos gritaron: «¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡A ellos!»

A estas exclamaciones se rehacieron los cristianos, y tan denodadamente atacaron á sus contrarios, que estos tuvieron que replegarse y abandonaron el campo de batalla.

El rey musulmán, llamado segun le nombra D. Jaime en su historia, Albolihé, (1) no tuvo otro remedio que buscar un refugio en las montañas que se alzan en la parte norte de Palma, esperando encontrar una ocasión favorable para poder penetrar en la ciudad.

Al cabo de algunos dias y á favor de la oscuridad de la noche pudo conseguirlo á pesar de la vigilancia ejercida por los cristianos.

Caro habían estos comprado su triunfo. Los dos hermanos Moncadas, el famoso D. Hugo de Mataplana y otros ocho caballeros, habían encontrado la muerte en aquella sangrienta refriega, llenando de profundo dolor tanto el corazón del Monarca, cuanto de toda la hueste que ardía en deseos de vengarles.

Trabajo hubo de costar al Monarca contener su ardor dentro de los límites de la prudencia, y despues de haber procedido al entierro de aquellos cadáveres adoptando las mayores precauciones para que los musulmanes no se apercibieran de ello, procedió á apretar el cerco de Mallorca que se hallaba formidablemente defendido por sus ochenta mil habitantes y por su alta y fortísima muralla, flanqueada por robustos torreones.

Inmediatamente pusiéronse en juego todas las máquinas de batir hasta entonces conocidas, y á las que las crónicas llaman trabucos, fundibulos, algaradas, manganelas y otras, todas á propósito para abrir brechas y derruir los muros.

Muchas de aquellas estaban construidas de tal modo que sus efectos se hallaban muy en relación con la artillería gruesa de nuestros dias. Segun las antiguas crónicas, las había que arrojaban piedras de tan gran peso y lanzadas con tal violencia, que no había muro que las pudiera resistir.

Ni un momento decayó el ánimo de los sitiadores á pesar de los riesgos que corrían.

Los sitiados se defendían á su vez con obstinación. Viendo el rey de Mallorca tanta persistencia por parte de los sitiadores y que no recibía socorros, trató de capitular, imponiendo determinadas condiciones que fueron desechadas, poniéndole en el caso de hacer una desesperada defensa.

Abierta brecha por fin en los robustos muros, lanzáronse al asalto los valientes expedicionarios, empuñándose una obstinada lucha en las calles de la ciudad.

Por fin la victoria se decidió por los cristianos, saliendo de la ciudad á guarecerse en las asperezas de las montañas vecinas, mas de treinta mil moros y quedando cautivo el rey de Mallorca, á quien cogió suavemente de la barba D. Jaime, segun había ofrecido, asegurándole que nada tenía que temer.

El día 31 de diciembre de 1229 se tomó la ciudad, procediéndose inmediatamente á hacer almoneda de los despojos y cautivos y al reparto de las propiedades conquistadas.

Todavía permaneció D. Jaime algunas semanas en la isla tratando de sojuzgar á los moros que en las montañas se refugiaron, regresando despues á Tarragona, donde llegó en 1230, siendo recibido con extraordinarias muestras de afecto.

(1) Segun Conde su nombre era Said ben-Alhaken-ben-Otman. Parte IV, cap. 11. Mariana y Zurita le llaman Rotabohile, pero Romey supone que este era el nombre de su caballo.



D. JAIME, EL CONQUISTADOR.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 25.

CAPITULO LXX.

Estraña proposición hecha por el rey de Navarra á D. Jaime. — Segunda expedición á las Baleares. — Conquista de Menorca é Ibiza. — Vuelve de nuevo el monarca á Aragon. — Queda decidida la conquista de Valencia. — Sitio de Burriana.

Por este tiempo marchó D. Jaime á Tudela, donde le llamó el rey de Navarra D. Sancho el Fuerte.

Hallábase este asaz enfermo y achacoso. Habíasele desarrollado una afección cancerosa que le obligaba á permanecer encerrado constantemente en su castillo, y alejado hasta cierto punto de los negocios de su reino.

De semejante situación se aprovechaba D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, que alentado por Fernando III de Castilla hacia grandes correrías por sus estados, apoderándose de varios castillos.

Anciano y enfermo el navarro, no podía acudir al castigo del que tan impunemente le ofendía, y deseando poner término á aquella situación, envió á buscar á D. Jaime, á quien hizo una proposición que tuvo tanto de extraño en el fondo, como falta de cumplimiento despues que estuvo acordada.

El objeto de ella era, que puesto no tenia sucesion directa don Sancho, y que el único que podría heredar el reino á su fallecimiento era su sobrino Teobaldo, hijo de su hermana y del conde de Champagne, con el cual se hallaba desavenido, había pensado prohiar al rey de Aragon, ó si este quería, prohiarse mutuamente para que al fallecimiento de cualquiera de los dos, el sobreviviente heredase el reino del muerto.

Hay que tener en cuenta que el navarro contaba ya cerca de ochenta años, mientras que el aragonés estaba en la flor de la juventud.

Habian acompañado á este varios de sus ricos-hombres, y con ellos celebró consejo respecto á lo que debería hacer, acordándose, que puesto que ya D. Jaime tenia un hijo legítimo de su esposa D.^a Leonor de Castilla, debía incluirse en el contrato, y en su consecuencia acordóse que D. Jaime sucedería en el trono de Navarra á D. Sancho tan luego falleciese, y que si D. Jaime y D. Alfonso morían antes que aquel, sin haber tenido hijos legítimos, heredase la corona de Aragon (1).

Celebróse este convenio en 1230, siendo ratificado por todos los ricos-hombres y procuradores de las ciudades de los dos reinos; pero no llegó á tener efecto, porque aun cuando el aragonés se dispuso á preparar su hueste para auxiliar al navarro en su guerra contra el rey de Castilla, al ver que D. Sancho miraba este asunto, que á nadie mas que á él interesaba, con sobrada apatía á pesar de haberle hablado dos veces, abandonóle por completo, y cuando mas tarde falleció, dejó que su sobrino heredase la corona de Navarra, sin hacer valer para nada sus derechos.

La noticia que recibiera D. Jaime de que el rey de Túnez se preparaba para marchar á Mallorca, á fin de arrojar á los cristianos de aquella isla, hizole aparejar precipitadamente su escuadra, y embarcándose en Salou con sus caballeros, llegó al puerto de Soller.

Sea que el tunecino no pensara en semejante expedición, sea que no quisiera luchar con tan formidable adversario, el rey D. Jaime se encontró con que no tenia que combatir con aquellos enemigos, pero ya una vez en la isla, púsose sobre varios castillos que los sarracenos poseían todavía en la montaña y se apoderó de ellos.

Otra tercera expedición volvió á hacer poco tiempo despues, el monarca conquistador á aquellos sitios, con objeto de reducir por completo á aquellos mismos moros montaraces que preferían vivir entre las breñas y morir de hambre, á sujetarse al dominio de sus lugartenientes.

Vencióles por fin, y tras de porfiados combates y aprovechando su estancia en estos lugares, ganó á Menorca, pues sus naturales fueron de buen grado á prestarle obediencia.

El infante D. Pedro de Portugal, hijo de D. Sancho I y hermano del segundo Alfonso, expatriado de su reino por las disensiones que mediaron entre él y sus hermanos, habíase ido á Marruecos, donde permaneció algunos años.

Cuando abandonó aquel punto se fué á Aragon y se casó con la condesa Aurembiaix, á la cual D. Jaime habia repuesto en el condado de Urgel.

Por la muerte de esta, el infante D. Pedro heredó el condado, y D. Jaime, deseando conservar este en su posesion, puesto que estaba en sus mismos dominios, propuso al infante se le cediese á cambio del señorío feudal de Mallorca.

D. Pedro no tuvo inconveniente en acceder, y prestóle pleito homenaje ante el justicia de Aragon, pero á poco volvieron las islas á incorporarse á esta corona, por haber fallecido sin sucesion el mencionado infante.

Dos años despues de ganada Menorca, el arzobispo de Tarragona D. Guillermo de Montgrí tomó la isla de Ibiza, segun convenio hecho con D. Jaime, por el cual los de su familia habian de tener el feudo de la indicada isla, siendo de su cuenta la expedición para apoderarse de ella.

Con la toma de Ibiza, quedó toda aquella rica porcion de territorio agregado á la corona de Aragon, siendo de gran beneficio para todas las poblaciones del Mediterráneo que se vieron libres así de las piraterías que al abrigo de aquellas islas, ejercían los musulmanes sobre sus costas.

Terminada la conquista de las Baleares, el belicoso monarca de-

(1) Esta cláusula referente á D. Alfonso, la encontramos mencionada por algunos historiadores, mas en el pacto que Zurita inserta en sus *Anales de Aragon*, no se hace mención de ninguna especie, del expresado príncipe.

dióse á preparar otra grande expedición que concluyera de alcanzarle la auréola de gloria que comenzó de circundarle desde sus primeros años.

La conquista de Valencia era el objeto constante de sus deseos.

Aquel reino tan rico y tan feraz, aquellas vastas campiñas convertidas en jardines por los musulmanes, aquellas fortalezas, le estimulaban poderosamente, y como si esto no fuera bastante todavía, la guerra que en aquellos momentos estaban haciéndose el emir Ceyd-Abu-Zeyd, emir destronado por Ben-Ceyan, que se apoderó de su reino, vino á prestarle mayor confianza.

Al mismo tiempo, el maestre de la Orden del Hospital, que lo era á la sazón Hugo de Folcarquer, y Blasco de Alagon, con motivo de encontrarse el rey en Alcañiz, le instaron para que cuanto antes diera comienzo á semejante empresa.

No fue necesario mucho esfuerzo. En 1232 comenzaron las correrías por el reino valenciano, y la toma de Asés y de Morella, fue el feliz resultado que tuvieron.

Al recorrer D. Jaime el territorio de Teruel, Abu Ceyd se le presentó prestándole pleito homenaje y prometiendo ayudarle con su esfuerzo y el de sus gentes para combatir á sus adversarios.

Agradecióselo el aragonés, y prosiguió su marcha hasta poner sus reales delante de Burriana despues de haber talado sus campos.

La poblacion se hallaba formidablemente defendida. Los moros la habian abastecido convenientemente, y el cerco prometia ser duro y prolongado.

Los ricos hombres aragoneses y catalanes se hallaban al lado del monarca, así como tambien los caballeros del Templo y del Hospital y varios de Calatrava y de Uclés.

Las máquinas de batir comenzaron á funcionar, y á pesar de los estragos que causaban, ni se abatían los infieles, ni se mostraban dispuestos á rendirse.

Lo mismo el monarca que sus caballeros hicieron prodigios de valor durante aquellos dias, que positivamente lo fueron de prueba, arriesgando de tal modo su vida el primero, que cuatro saetas disparadas por los enemigos, le hicieron otras tantas heridas.

Mas del mismo modo que los musulmanes mostrábanse resueltos á defenderse hasta el último extremo, el rey de Aragon no consentía abandonar aquel sitio, hasta haber ganado la plaza.

Varias veces rogáronle sus caballeros que desistiera de una empresa que comenzaban ya á juzgar de temeraria, pero nada pudieron conseguir.

Contestóles resueltamente que quien había sabido ganar cuando era de menor edad un reino puesto sobre el mar, aludiendo á las Baleares, no podía retirarse sin mengua ni deshonra de un miserable pueblo como aquel; que Dios le habia prestado su apoyo hasta entonces y confiaba en que no le abandonaría.

«Barones—les dijo el Rey con aquel acento enérgico y resuelto que le caracterizaba—mengua y deshonra sería que quien siendo menor de edad ha ganado un reino que está sobre la mar, abandonara ahora un lugarillo tan insignificante como este y el primero á que hemos puesto sitio en este reino. Sabed que cuantas cosas emprendimos fiados en la merced de Dios, las hemos llevado á buen fin. Así, no solo no harémos lo que nos aconsejais, sino que por el señorío que sobre vosotros tenemos, mandamos, que nos ayudeis á ganar la villa y que el consejo que nos habeis dado, no volvais á darlo jamás (1).»

Y tanta firmeza mostró y tan acostumbrados comenzaban á estar sus vasallos con el buen éxito de las empresas de su rey, que decidieron pelear hasta conseguir la realizacion de su objeto.

Dos meses despues y á costa de grandes y poderosos esfuerzos lo consiguieron.

En julio de 1233 se entregó la plaza, y encomendando el monarca su defensa á D. Pedro Cornel se marchó á Tortosa para dirigirse á Aragon donde asuntos graves tambien le llamaban.

A la rendición de Burriana siguióse la de la importantísima fortaleza de Peñíscola, Chivert, Cervera y otras poblaciones, viéndose al rey de Aragon en 1234 recorrer todos aquellos lugares y apoderarse de las fortalezas de Moncada y Museros con ciento treinta caballeros y unos ciento cincuenta almogávares.

Por este tiempo tuvo lugar el fallecimiento del anciano monarca de Navarra, D. Sancho el Fuerte.

Ya nos hemos hecho cargo en otro lugar del extraño convenio celebrado entre este y el aragonés y tambien hemos indicado su falta de realizacion.

Los navarros deseando conservar la sucesion, sino directa, al menos de la misma familia de sus reyes, alzaron por rey al conde Teobaldo de Champagne, sobrino del difunto.

D. Jaime, bien fuera porque á las súplicas de los navarros accediése relevándoles del juramento que le prestaran, ó bien que comprendiera que reinos alcanzados contra la voluntad de sus naturales no proporcionan mas que disgustos, optó mas bien por arrebatar la hermosa ciudad de Valencia á los infieles, que por adquirir la soberanía de Navarra.

Así fue que Teobaldo se asentó tranquilamente sobre el trono que dejara vacante la muerte de su tío D. Sancho.

(1) Lafuente - *Historia de España*.



EPISODIO DEL CERCO DE VALENCIA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.